RESEÑAS

RESEÑAS

Alfonso D'Aquino, *Tanagra*, 1997, México, CONACULTA, 80 p.

El jardín taoísta de Alfonso D'Aquino

En *Tanagra*, el último libro de poemas de Alfonso D'Aquino, las imágenes están adaptadas a la materia que deben adornar: Lluvia, Arborescente y Musca, son las tres estaciones poéticas que depara su lectura. La palabra adornar no quiere significar aquí el acto de adherir cosas bellas a lo que por su naturaleza no lo es tanto. No se trata de revestir o enjorar la materia misma de las cosas, sino de percibir las cosas y los seres en su propia excelencia y originalidad. Éstos son los adornos, los atributos a los que las imágenes d'aquinescas se han adaptado. Porque la mirada de Alfonso D'Aquino se dirige a las cosas y los seres sólo en tanto penetra en sus cualidades y revela las imágenes de la realidad para sobrepasarlas, para cantarlas. Su mirada equivale quizá a la que Gaston Bachelard llamara la imaginación material. Porque las imágenes de este poeta delatan su propia materialidad ambivalente, su propia causalidad material pero, a su vez, *parlan* (como lo hacen los pájaros) desde su condición elemental, exhibiendo las cualidades materiales que les son propias.

La materia que engalanan los poemas de *Tanagra* es, pues, acicalada por la imaginación material del poeta cuya mirada concierta, de una forma sensitiva, horizontes ópticos y auditivos armónicos, que enriquecen la realidad. Sin mayor añadidura, las imágenes de D'Aquino son las obligadas en la casa de los poetas, las arquetípicas, como son el árbol, la lluvia, el aire, el pájaro o la piedra, u otras unidades elementales como los gatos o Musca, la perra que vemos metamorfosearse en el jardín de este libro vivo y orgánico.

Los poemas de *Tanagra* nos ponen frente a un orden que distribuye los ritmos armonizándolos a una infinidad de ritmos menores. Entonces, el fluir vibratorio de las palabras, las cadencias, e incluso el silencio, reverberan

RESEÑAS

en la realidad material de la que versa el poema. Ponen de relieve la carne de las palabras, tarea poética que Alfonso D'Aquino prescribiera en *Piedra no piedra* (poemario publicado en la colección Margen de Poesía de la UAM en 1992) El poema titulado "(green tournaline)" de aquel libro dice:

Hay que ver las cosas
con la vista levemente
desviada de las cosas
para poder mirar
la carne
de las cosas

Ve la carne del vaso
y la carne del aire

Para tocar la carne de las palabras el poeta requiere de una disciplina de observación, sólo cultivable en su propio jardín –zen, me atreveré a decir– donde además la imaginación se sintoniza con las cosas y cambia cuando éstas cambian.

136

Los poemas de "Lluvia", la primera estación en el íntimo jardín de *Tanagra*, van más allá de referentes como los caligramas de Apollinaire, la poesía sintética de Pierre Reverdy, la aritmética de Gerardo Diego o la del polimorfo José Juan Tablada. Lo distintivo de estos poemas es que están guiados por un sistema intuitivo-asociativo donde las cosas se asemejan unas a otras. De una forma coordinativa, las palabras no se subsumen unas bajo las otras, sino que se colocan unas al lado de otras, no según una causación mecánica, sino por una especie de inducción. Todas las palabras son geometrizables, son sobre todo figuras, diagramas. En sentido ascendente: "Se levanta/ Una hoja/ Del árbol/ Y canta!"; en sentido descendente: "Son aire/ Coagulado/ Las ventanas". Las líneas verticales de la lluvia: "Jardines de agua/ Las palabras sueltas/ Coágulos en flor". Todo es entonces, en un juego de reflejos, la liquidez misma, la humedad de los ojos frente al cristal empañado. De esta primera estancia en el jardín taoísta de D'Aquino, que nos ha entrado por los ojos con gotas de lluvia, aire y sol, se sigue que las palabras se materializan sólo y cuando han sido cultivadas por un jardinero parco y eficiente, que además silba como los pájaros. En la aguda mirada de Alfonso D'Aquino funciona una combinatoria donde las palabras son figuras poliédricas irregulares, imágenes de una geometría orgánica.

RESEÑAS

En la segunda estancia en el jardín: “Arborescente”, la mirada del poeta se dirige hacia dentro, hacia los paisajes de su propio árbol interior:

Como crecen verdes dentro de mi cuerpo
Digo de mi mente de mi menta
Digo y digo tallo y limbo
Como nacen verdes de mis dedos
Verdes negros del jardín de adentro

Raíz, tronco, follaje y pájaro constituyen el cuerpo arbóreo del poeta. Éste ha cerrado los ojos para nombrar los rasgos invisibles de su destino íntimo:

Al fondo de mi tronco
No encontrarás raíz
Ni sombra ni tesoro
Habrá un montón de huesos negros sólo
Coágulos y terrones
Veinte lunas infames llenas de tierra
Entre matas de pelos que no cesan

La mortaja que depara el poeta a su muerte son sus propias visiones, sus terrenales imágenes que, siendo jardinero de sí mismo, ha hecho germinar, “Plán-tu-la-sí-la-ba-plú-mu-la”, en la tierra fecunda de su aguedal. En tanto esa muerte no llega, el árbol se mira a sí mismo soñar y cantar.

Lo que sí puedo decir de lo que se hace visible, es que las formas de la materia no pueden transmutarse por sí mismas, es necesario que las reanime la imaginación material del poeta, sólo entonces el pájaro es serpiente, el perro buey, la perra niña y la gata pájara.

“Musca” es la última estancia en el vergel del niño taoísta y matemático que juega, cínico, con su perra Musca, su gata, su tanagra y su oropéndola. A ese niño no ha retornado D’Aquino en una suerte de reminiscencia tardía, de hecho no ha retornado, más bien el niño se ha conservado a su lado, maravillado en el umbral de la expresión. Pero este niño no está en Tanagra, simplemente lo adivino.

ELSA TORRES GARZA
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM